



## El Sueño Encontrado

por Elsa Kleiser

“En los confines de Narnia, nos tomamos de la mano y corrimos en busca del ropero. No estaba allí. En ese momento una luna estalló y todo, sobre nuestras cabezas, pareció cubrirse de partículas blancas que llovían sobre la Tierra.

Tus cabellos se fueron transformando en hilos de plata que brillaban en la opaca oscuridad que comenzaba a cubrirnos. Pensé que todo estaría bien cuando saliera el sol y nos miramos por última vez.

Tus ojos eran blancos cuando se chocaron con los míos y parecían de hielo, Me estremecí... ¡Ah, si por lo menos volviera el sol!... Busqué en vano una planta, un poco de agua. No había nada; todo era un erial tan brillante como tus cabellos y tan helado como tus ojos... dejé caer tu mano y comencé a alejarme... ¡Si por lo menos hubiésemos encontrado el ropero!”

Me despertó el ronroneo del ventilador. La cabina se iluminaba lentamente con los primeros rayos de la aurora... ¡El sol! ¡Había vuelto el sol!... Estiré con placer las manos hacia el pequeño haz de luz que, tímidamente, comenzaba a filtrarse por la ventanilla. El sueño había terminado y debíamos comenzar con las tareas matinales. Roner pestañeaba sorprendido por la claridad que, lentamente, llenaba nuestro entorno. Me puse rápidamente de pie para acercarme al tablero de mando y desconecté los controles automáticos que guiaban la nave. Puse en marcha la máquina de desayuno aspirando el delicioso olor del café. Roner se sentó y estiró sus largas piernas. Me sonrió con ese poco de asombro con que nos habíamos despertado las veces en que nuestros cuerpos descansaran a lo largo del viaje.

– Buena idea, Hallor, brindaremos con humeantes tazas de café antes de aterrizar en Júpiter... ¿O prefieres llamarlo Narnia? – murmuró guiñando un ojo.

– Vamos, ahí está tu taza – contesté –No me digas que dormiste pensando en esa historia de Narnia.

– ¿Porqué no? Me acomodé calentito en el ropero, mientras tú salías en busca de aventuras. Sólo me incomodaron un poco los ruidos de ese león con el que estuviste conversando toda la noche... ¿Y qué le pasó a la muchacha?

– ¿Qué sabes de la muchacha? –interrogué un tanto amoscado.



– ¡Hombre!... Si no has dejado de andar con ella hasta que la luna estalló.

– Podrías haber abierto la puerta del ropero por lo menos, tal vez hubiésemos podido refugiarnos contigo.

– ¡Vamos Roner! Ya sabes que los tres estaríamos incómodos en ese estrecho ropero.

– Eres un egoísta incorregible, –murmuré con fastidio conteniendo las ganas de arrojarle el café a la cara.

– ¿Piensas eso de verdad? Pues entérate de que ya estoy harto de tus sueños, de Narnia, de las peroratas del león y de la muchacha que siempre termina petrificada... la próxima vez voy a pedir que desactiven el artefacto onírico, o, al menos, que te prohíban leer esas tontas historias antiguas. Si por lo menos tuvieran algo de sexo, alguna batalla... en fin, algo divertido para pasar el viaje.

– Siempre me pregunté para qué cuernos instalan ese maldito aparato en las naves... Era más cómodo cuando pasábamos una película y nos dormíamos sin necesidad de compartir los sueños.

– Tal vez tengas razón, pero uno de los genios del Departamento Espacial me comentó que la máquina de cine gastaba demasiada energía. Los sueños son más baratos y con un compañero menos románticón que tú, hasta pueden resultar estimulantes.

– Mira tú... pues a mí me hartan tus sueños de Amazonas que luchan contra batracios gigantes para luego ser sometidas por sus propios caballos... Te digo que el único estímulo que me provocan son unas soberanas nauseas... –proferí indignado, mientras revolví bruscamente el azúcar de mi café.

Roner degustó el suyo chasqueando la lengua y me lanzó una mirada burlona; avancé hacia él apretando los puños. En ese momento comenzó a ulular una alarma en el tablero de control. Ambos corrimos a ocupar nuestros puestos con los ojos clavados en el panel de observación.

– ¿Pero de dónde sale ese estúpido asteroide? –chillamos al unísono mientras sacudíamos los controles tratando de evitar el choque.

Lo único que logramos, enloquecidos por la estridencia de la alarma, fue estrellarnos contra él. Tratamos de reducir la fuerza del impacto y finalmente logramos un forzado descenso entre nubes de materia que tapaban nuestro visor.

– Al menos la nave está entera –dije mientras abría la poterna de evacuación y hacía descender la escalerilla, entre los vahos a paja quemada que inundaban el interior.

Entre las toses de Roner, aun sentado frente al tablero de mando, bajé hasta pisar el suelo... Un erial brillante se abrió ante mis ojos asombrados, caminé unos metros, lleno de asombro...



El chirrido de la escalerilla que volvía a subir y el golpe de la puerta al cerrarse me hicieron volver la cabeza para ver la nave que, entre sacudones, retrocedía y volvía a elevarse para finalmente desaparecer en el espacio infinito... Busqué en vano una planta, un poco de agua...Me estremecí... ¡Ah! Si por lo menos volviera el sol...

Finalmente, mis ojos distinguieron la figura del león que, parsimoniosamente, cruzaba el erial y venía a mi encuentro.

**Autora: Elsa Kleiser; Barcelona, España.**

**Relato inédito. Hyperespacio Andrómeda. [www.libroandromeda.com](http://www.libroandromeda.com)**

-----  
El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

-----  
**Reconocimiento – Sin obra derivada – No comercial:** El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.